

Revista de Indias, 1987, vol. XLVII, núm. 180

APUNTES SOBRE RIVALIDADES INTERNACIONALES Y EXPEDICIONES ESPAÑOLAS EN EL PACIFICO, 1763-1794

POR

SYLVIA L. HILTON

Dpto. de Historia de América. Centro de Estudios Históricos
CSIC

La espectacular expansión europea por todo el mundo, con sus múltiples facetas —culturales y científicas, demográficas, económicas, tecnológicas, diplomáticas y militares— constituyó tal vez el proceso histórico dominante de la Edad Moderna. En esta expansión, los mares deben ser vistos no sólo ni principalmente como barreras de separación, sino como vías o ámbitos de comunicación y unión. Así vemos que la civilización europea u occidental había nacido y se había definido en torno al mar Mediterráneo, para después durante la Edad Moderna responder al desafío del Atlántico, mar que entonces se convirtió en el centro de un mundo mayor. Un mundo en que los conflictos entre los pueblos se multiplicaban al tiempo que aumentaban los conocimientos y las riquezas, fuentes del poder. Pero la tierra todavía tenía inmensos misterios geográficos por desvelar, y desde la segunda mitad del siglo XVIII la conciencia de este desconocimiento geográfico estimuló la curiosidad intelectual ilustrada y las ambiciones tanto económicas como políticas de las potencias marítimas del Viejo Mundo, centrándose todas las miradas en el vasto Océano Pacífico.

Los mercados orientales ofrecían lujosas mercancías muy apreciadas por las minorías ricas de Europa: sedas, porcelanas, sándalo, tintes, nuez moscada, pimienta, clavo, drogas y té; y de menor valor, como salitre, estaño, cobre, algodón, arroz y azúcar. Empero, los pueblos asiáticos eran poco inclinados a consumir mercancías europeas, por lo cual, aunque importaban pequeñas cantidades de plomo, hierro y tejidos de lana, exigían el pago de sus productos en plata y oro. También hay que tener en cuenta el papel de intermediarios que desempeñaban los comerciantes europeos en el tráfico entre diversos mercados asiáticos.

Desde 1702 el gobierno chino venía centralizando todo el comercio internacional en Cantón, donde se celebraba una especie de feria anual a la cual acudían holandeses, ingleses, franceses, portugueses y españoles, bajo la fiscalización de las autoridades chinas. El imperio manchú, regido desde su brillante corte de Pekín por el emperador Kieng-Long, de 1736 a 1796, era un régimen autocrático y militarista, caracterizado por un fuerte tradicionalismo que alimentaba una marcada xenofobia contra las influencias occidentales. La predicación del Evangelio cristiano fue prohibida bajo pena de muerte, y los misioneros, junto con sus neófitos, fueron perseguidos con dureza.

En cuanto al Japón, los holandeses y los chinos habían sido los únicos extranjeros autorizados para comerciar en Nagasaki en el siglo XVII, pero en la época que nos ocupa los puertos japoneses permanecían oficialmente cerrados a todo comercio extranjero desde hacía largo tiempo.

1. PRESENCIA EUROPEA EN LOS PAÍSES COLINDANTES DEL PACÍFICO

España gobernaba entonces un enorme imperio americano, aunque los territorios continentales realmente ocupados distaban mucho de ser todos los que la Corona reclamaba como suyos. De las Antillas poseía Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, mientras que en el continente contaba con los virreinos de Nueva España, Nueva Granada, Perú y La Plata, más la capitania general de Venezuela. En Oriente los dominios españoles eran las islas Filipinas, las Marianas y las Carolinas, aunque no ejerció una soberanía efectiva en estas últimas y en el siglo XIX Alemania e Inglaterra disputarían los derechos españoles allí.

El imperio portugués incluía el Brasil en América y Timor en Oriente, con algunas factorías comerciales en la India, pero la antigua colonia portuguesa de Macao se había convertido en el principal lugar de residencia de la comunidad internacional de mercaderes interesados en el comercio chino centralizado en Cantón. En todo caso, desde el tratado de Methuen de 1703 el desarrollo económico de Portugal y sus colonias había quedado en gran medida subordinado a los intereses comerciales de Inglaterra.

Tras su expulsión de América del Norte, los franceses estaban presentes en Haití o Saint Domingue, Guadalupe, Martinica y la Guayana francesa, pero sus intereses orientales se ceñían a la India y no tenían colonias en el Pacífico, aunque sí realizaron importantes viajes de exploración, y participaban en el comercio oriental. En la

India, después de lograr cierta ventaja sobre los ingleses durante la primera mitad del siglo XVIII, gracias en gran parte a la obra de Joseph Dupleix, los franceses fueron derrotados por Robert Clive durante la guerra de los Siete Años, y a partir de 1763 perdieron su preponderancia a causa de la indiferencia y la falta de visión colonial por parte del gobierno francés. En 1770 el Estado se hizo cargo de las posesiones de la compañía francesa de las Indias Orientales, pero apenas se interesó por su mantenimiento y desarrollo, aunque en 1776 se abrió un consulado francés en Cantón.

No obstante, los franceses llevaron a cabo algunas expediciones de señalada importancia en este período. La de Louis Antoine de Bougainville fue la primera expedición francesa de circunnavegación del mundo, y recorrió entre 1766 y 1768 el archipiélago de Pomotu, Tahití, las islas Samsoa, las Hébridas, las Molucas y Batavia. Por otro lado, un pequeño grupo de astrónomos franceses y españoles realizó un viaje con fines eminentemente científicos, reuniéndose en junio de 1769 en San José, Baja California, bajo la dirección de Jean Chappe d'Auteroche, para estudiar el paso de Venus por el disco del sol, un eclipse solar y un eclipse lunar, fenómenos que se pudieron observar en ese lugar en el transcurso de pocos días. Después, entre 1771 y 1773 el navegante Kerguelen-Trémarec surcó los mares del Sur y descubrió la isla Kerguelen, situada en el Océano Índico meridional, y finalmente, de 1785 a 1788 Jean François de Galaup, conde de La Pérouse, condujo una expedición al Pacífico septentrional en busca del paso del Noroeste, y de allí a las islas Sandwich, la isla Necker, Macao, islas Filipinas, Japón, la Tartaria china, Kamchatka, el archipiélago de los Navegantes y la bahía de Botany en Australia.

Por su parte, Holanda contaba con sus colonias americanas en la Guayana (Surinam), y algunas islas como Aruba, Curacao y Bonaire, además de su imperio oriental centrado en Ceilán, Sumatra, la península malaya, Borneo, Java, Celebes, y las islas Molucas (de las Especias), testimonios de la pujanza holandesa del siglo XVII. En cambio, los comerciantes holandeses no lograron establecer una factoría algo próspera en Cantón hasta 1762. Sin embargo, en el siglo XVIII el comercio holandés, reflejando la decadencia general interna e internacional de Holanda, estaba en decidido declive ante el empuje de los ingleses, hasta que por el tratado de 1784, que puso fin a la cuarta guerra anglo-holandesa, Holanda perdió Negapatnam en la costa Coromandel de la India, y se vio precisada a reconocer a Inglaterra la libre navegación en los mares orientales. Durante la década siguiente los holandeses cederán en todo el extremo oriente frente a los comerciantes ingleses.

Las hasta 1783 posesiones inglesas incluían sus colonias norteamericanas, el Canadá, las islas Bermudas y Bahamas, Jamaica, Barbados y otras Antillas menores, Belice, la costa de Mosquitos, la Guayana inglesa, y en Oriente gran parte de la India. La paz de 1763 había inaugurado un período de hegemonía para la Gran Bretaña en la política mundial. A partir de este año se consolidó y se extendió la influencia inglesa en la India, iniciándose también una activa política de exploración en el Pacífico como un nuevo ámbito de colonización, pudiéndose destacar los esfuerzos persuasorios de Alexander Dalrymple, agente de la compañía inglesa de las Indias Orientales, el descubrimiento de Tahití por Wallis (1767), y los tres viajes al Pacífico del capitán James Cook en 1768-71, 1772-75 y 1776-79.

Los descubrimientos geográficos de Cook estimularon los apetitos mercantiles e imperiales y, tras la pérdida de las colonias norteamericanas en 1783, aumentó el interés de los ingleses en las posibilidades comerciales del Pacífico. Tras una primera tentativa colonizadora en Balambangan, cerca de la costa nororiental de Borneo, para atraer a los comerciantes chinos (1773-75), en el año 1785 los ingleses tomaron Penang, en la península de Malaca, considerado la llave de los pasos marítimos y comerciales entre el Pacífico y el Indico. Poco después se instalaron los primeros ingleses en Botany Bay (1787) y al año siguiente se fundó Sidney, quedando así establecida la colonia australiana de Nueva Gales del Sur.

Por último, la Rusia imperial se estaba extendiendo en los confines septentrionales del Pacífico, en la península de Kamchatka, las islas Aleutianas, y las costas de Asia y Alaska. A lo largo del siglo xviii los rusos habían llevado a cabo una constante expansión hacia el este siberiano, y ya en 1648 Deshnev había navegado desde la desembocadura del río Colima hasta el golfo de Anadir, descubriendo en el camino el estrecho que separa los continentes de Asia y América. Este mismo estrecho sería redescubierto en 1728 por el danés Vitus Bering, cuyo nombre lleva hoy, mientras navegaba al servicio de Rusia. En el siglo xviii se sucedieron muchas expediciones rusas al Pacífico, tanto para explorar las costas como para realizar aventuras comerciales, pudiéndose destacar los viajes de Spangenberg al Japón en 1739, y de Bering y Chirikof a las islas Aleutianas y Alaska en 1741.

Ahora bien, fue a partir de 1762, año en que se inició el largo reinado de la emperatriz Catalina la Grande, cuando se multiplicaron las actividades rusas en el Pacífico septentrional. Se formó una compañía para desarrollar el comercio de pieles en Norteamérica, aunque en un principio no se establecieron factorías permanentes

sino que simplemente se relevaban los barcos que hacían la ruta entre Kamchatka y las Aleutianas.

2. RIVALIDADES INTERNACIONALES EN EL NUEVO MUNDO

Estas eran, a grandes rasgos, las áreas de influencia y las direcciones de presión de las potencias europeas en los territorios limítrofes del Océano Pacífico en la segunda mitad del siglo XVIII. Desde el principio, las otras potencias atlánticas habían intentado debilitar el monopolio luso-español en el Nuevo Mundo, rechazando las pretensiones españolas basadas en el derecho de descubrimiento único y la donación papal, y oponiendo propuestas alternativas basadas en el derecho de descubrimiento específico o parcial, y sobre todo, la noción del derecho adquirido por la ocupación efectiva del territorio. Esto quiere decir, evidentemente, que la fuerza y el hecho consumado, en sus diversas formas, venían a jugar un papel decisivo en las relaciones internacionales en el Nuevo Mundo. Así es que Holanda, Inglaterra y Francia, en particular, realizaron sus propias exploraciones geográficas, cometieron actos de piratería contra navíos y ciudades litorales, desarrollando varias modalidades de comercio ilícito, explotaron sin autorización los recursos naturales americanos, y fundaron colonias en las áreas menos protegidas del imperio español.

Durante los siglos XVI y XVII estas diversas agresiones apenas tuvieron importancia, pero hacia finales del XVII se vislumbraba ya que el Nuevo Mundo se estaba empequeñeciendo por momentos, y que los conflictos internacionales definitivos en y por los territorios americanos iban a plantearse y dilucidarse a lo largo del siglo XVIII. España intentó mantener una actitud de defensa a ultranza de la integridad imperial, pero en la práctica tuvo que hacer algunas concesiones. Los tratados de Münster (1648), Madrid (1667 y 1670), y Ryswick (1697) marcaron hitos en la decadencia internacional española, al reconocer a holandeses, ingleses y franceses ciertos derechos de soberanía y de navegación en América.

La subversión del monopolio comercial hispanoamericano era otro proceso que difícilmente podía combatir el gobierno español, y que se hizo incontenible a partir de los tratados de 1713-1716, que estipularon la concesión a Inglaterra del contrato exclusivo de venta de negros en las colonias hispanoamericanas, más el privilegio de enviar un navío al año para comerciar en la feria de Portobelo. Los comerciantes ingleses abusaron de este acceso legal a los mercados americanos para inundarlos de mercancías de contrabando.

En el plano diplomático-militar, el tratado de París de 1763 trajo los primeros grandes reajustes internacionales en el Nuevo Mundo, con la eliminación de Francia de Norteamérica, la cesión española de Florida a los ingleses, y la adquisición por España del sector occidental de Luisiana.

Luego, en 1770, ocurrió una de las frecuentes crisis de tensión diplomática angloespañola, al disputarse la soberanía de las islas Malvinas, cuya situación estratégica en la ruta del Pacífico había atraído la atención inglesa. Los ingleses fueron expulsados por la fuerza, dando lugar a una enérgica protesta del gobierno de Londres. España, como siempre, se negó a renunciar a sus derechos teóricos o legales, pero Francia no apoyó dichas pretensiones, a pesar de estar vigente el Tercer Pacto de Familia (entre otras razones porque los franceses acababan de fracasar en un intento de establecer su propia colonia en estas islas), y el incidente acabó con la devolución a Inglaterra de su factoría de Port Egmont, por el acuerdo Rochford-Masserano de 1771; si bien en 1774 los ingleses la evacuaron.

La guerra de independencia de los Estados Unidos (1776-1783) vino entonces a alterar radicalmente la geopolítica americana, creando una nueva nación, que iba a resultar agresivamente expansionista. El gobierno de Carlos III, al declarar su propia guerra contra Inglaterra, apoyó la independización estadounidense, razonando en esencia que el precedente que ello suponía para las propias colonias era un riesgo que valía la pena correr a cambio de debilitar al gran enemigo inglés y de establecer en Norteamérica una o tal vez varias naciones muy débiles que presumiblemente no serían un gran peligro para el imperio hispanoamericano. No alcanzó España todos sus objetivos en esta guerra, pero recuperó el dominio sobre las Floridas oriental y occidental, y sobre la costa de Mosquitos.

A su vez, los ingleses reafirmaron su vocación comercial e imperial en extremo oriente, basada principalmente en el té chino, que ahora empezaban a pagar en parte con opio procedente de la India.

Por otro lado, a lo largo de los siglos XVII y XVIII los portugueses venían presionando hacia el interior del Brasil, saltando la línea de Tordesillas que debía separarles de los dominios españoles, sin encontrar más resistencia que la que pudieron ofrecer los indios cristianos bajo la dirección de sus misioneros. Estas usurpaciones portuguesas tomaban diversas formas: la captura de indios para venderlos como esclavos en las plantaciones litorales, el simple pillaje, el descubrimiento y la explotación de minas de oro y de diamantes, la expansión ganadera, y el desarrollo del contrabando extranjero, sobre todo de los ingleses, en los mercados suramericanos a

través de la Colonia de Sacramento en el Río de la Plata. El ministro español José de Carvajal había intentado dar una solución definitiva al problema, reconociendo por el tratado de Madrid de 1750 los vastamente extendidos límites del Brasil, incluida la cesión del territorio de siete misiones jesuítico-guaraníes en el Paraguay, a cambio de la cesión a España de Sacramento. Este acuerdo se frustró en su ejecución entonces, pero al fin se pudo imponer con algunas modificaciones por el tratado de San Ildefonso, confirmado por el de El Pardo de 1778.

Estos tratados dieron lugar a importantes expediciones de demarcación de límites, realizadas conjuntamente por españoles y portugueses. Por parte española, entre 1753 y 1756 el marqués de Valdelirios dirigió una expedición al Paraguay, mientras que entre 1754 y 1760 José de Iturriaga condujo un grupo de especialistas al Orinoco, donde no sólo trabajaron en la fijación de límites sino que hicieron valiosas observaciones astronómicas, matemáticas y botánicas. Del mismo modo, en los años 1781-1800 Félix de Araza encabezó otra expedición de demarcación al Paraguay.

Estos trabajos de demarcación, junto con los acuerdos diplomáticos sobre límites y la ocupación cada vez más efectiva del territorio, estaban dando forma a la geopolítica de la fachada atlántica del Nuevo Mundo, pero el ámbito pacífico aún quedaba por descubrir y dominar. Existían todavía muchas incógnitas, y por tanto las expediciones en el Pacífico añadían a su indudable interés científico y geográfico un enorme significado político.

3. ESPAÑA EN EL PACÍFICO: PRESIONES EXTRANJERAS Y EXPEDICIONES, 1763-94

La presencia española en el Pacífico databa del siglo xvi, iniciándose con el descubrimiento de aquel océano en 1513 por Núñez de Balboa y con la travesía que efectuó en 1520-21 el célebre navegante Fernando de Magallanes, descubridor de las islas Filipinas. Se sucedieron muchos viajes de exploración en esa centuria y se desencadenó una lucha entre españoles y portugueses por la posesión de las islas Molucas, hasta que renunció a ellas el emperador Carlos V en 1529 por el tratado de Zaragoza. En el año 1565 Andrés de Urdaneta descubrió la ruta de regreso de oeste a este, y se pudo establecer una comunicación regular entre Filipinas y Nueva España por el llamado galeón de Manila, aunque la mayor parte del comercio filipino permaneció en manos chinas. En el siglo xvii los españoles tuvieron que defenderse contra holandeses, ingleses, y piratas

chinos y malayos, de modo que el único nuevo logro colonizador y evangelizador español en el extremo oriente se realizó en las islas Marianas a partir de 1668.

Ciertamente, al alborear el siglo XVIII apenas si había comenzado la penetración europea en el Pacífico. El cultivo de influencias en zonas continentales, y el establecimiento de derechos de soberanía, usufructo o explotación sobre una multitud de islas grandes y pequeñas, muchas de las cuales no se habían descubierto aún, estaban por hacer. Además, seguía en pie un gran misterio relacionado con el lucrativo comercio oriental: la posible existencia del codiciado paso del noroeste, es decir, una ruta marítima septentrional que uniese los océanos Atlántico y Pacífico. El desconocimiento de la geografía noroccidental del Nuevo Mundo estimulaba las imaginaciones, y dejaba paso a la fantasía. Ya hemos visto cómo aparecieron los rusos en esos confines, y en 1745 el Parlamento británico aprobó la concesión de un premio de veinte mil libras esterlinas al que descubriera un ruta viable.

Al año siguiente zarpó una expedición inglesa en busca del paso del noroeste, y significativamente uno de sus barcos se llamaba *California*, pues éste era el nombre que entonces daban los españoles a todo el territorio occidental de Norteamérica, desde el cabo de San Lucas en el extremo sur de la península californiana hasta el estrecho que separaba América de Asia, y que entonces ellos llamaban de Anián, territorio que por supuesto reclamaba el gobierno español como parte integrante del imperio hispanoamericano.

Ya desde principios del siglo XVIII el gobierno español venía mostrando interés en las tierras al norte de la Nueva España, en parte porque la propia dinámica imperial exigía la constante expansión para alejar la frontera de las zonas que gradualmente se iban civilizando, y en parte como respuesta a las amenazas de ocupación extranjera. Sin embargo no fue hasta 1769, bajo la influencia del vigoroso José de Gálvez, cuando se inició la última gran expansión imperial de España, en la fachada occidental o pacífica de Norteamérica, con la ocupación en ese año de San Diego. En años sucesivos la fundación de nuevas misiones daría entidad a la alta California española, siendo ocupado Monterrey en 1770 y San Francisco en 1776. Para 1784, el año de la muerte del padre Junípero Serra, quien tanto se esforzó por evangelizar los indios californianos, se habían fundado nueve misiones, y la intención metropolitana de consolidar la posesión de esta nueva provincia quedó bien clara al ser trasladada la capital a Monterrey en el año 1777. Bajo la presidencia del sucesor de Serra, Fermín Francisco de Lasuén 1785-

1803), se fundarían otras nueve misiones en estas tierras de California.

Las presiones extranjeras, tanto reales e inmediatas como imaginarias y remotas, preocupaban en Madrid. Se sabía que los rusos comerciaban con los indios de las islas Aleutianas, pero la corte de Catalina la Grande no facilitaba información sobre sus actividades, descubrimientos y factorías, y los embajadores españoles en San Petersburgo tenían grandes dificultades para obtener datos fidedignos. Las pocas noticias que lograron remitir el duque de Almodóvar en 1761, el vizconde de la Herrería en 1764, y el conde de Lacy en 1772-1775, tendían a aumentar la inquietud del gobierno de Carlos III.

Por parte inglesa, entre 1776 y 1778 el navegante y científico James Cook realizó su último viaje de exploración al Pacífico, durante el cual debía no sólo cartografiar y describir las regiones visitadas, sino buscar el paso del noroeste y tomar posesión de aquellas tierras que aún no tuvieran soberano europeo. La expedición gozó del beneplácito de varios gobiernos europeos, ostensiblemente en reconocimiento del valor científico de los trabajos de Cook, pero también al objeto de ampliar sus propios conocimientos del ámbito pacífico. El gobierno español se vio forzado en un principio a autorizar la arribada de los navíos de Cook a los puertos españoles del Pacífico septentrional, en caso de necesitar agua, leña u otras provisiones o reparaciones, en virtud de un nuevo espíritu de cooperación internacional, pero Gálvez desaprobaba este paso y acabó por remitir órdenes de detener a Cook si intentase desembarcar en territorio español.

Los españoles no llegaron a tomar contacto con la expedición inglesa, pero en cambio los rusos tuvieron conocimiento de la gran riqueza en pieles de nutria que había en la isla de Vancouver, porque se lo comunicó personalmente Cook al comandante ruso Ismailof. A resultas de esto los rusos iniciaron en los años de 1780 un fuerte expansionismo hacia el sur, fundando su primer establecimiento americano permanente, en la isla de Kodiak, en 1783, a lo cual siguieron rápidamente otros. El gobierno español recibió noticias sobre estos establecimientos rusos en las Aleutianas y Alaska gracias al explorador francés La Pérouse, quien visitó aquellas costas en 1786, y ya en 1788 se oía que los rusos reclamaban el dominio sobre Alaska hasta los 52° latitud Norte.

Entretanto, los estadounidenses sondeaban el alcance de su nueva libertad, y ya en 1784 aparecieron los primeros barcos procedentes de los Estados Unidos en el puerto de Cantón, donde iban a desarrollar rápidamente un comercio lucrativo. Asimismo, en 1785 se

formó en Londres la compañía de King George's Sound (del nombre dado por Cook a Nutka) para dedicarse al comercio de pieles entre Nutka y Cantón, pues los chinos habían mostrado estimar enormemente las hermosas pieles norteamericanas.

Por otra parte, en España se temía que los exploradores y comerciantes canadienses o estadounidenses, haciendo expediciones desde el este, pudieran hallar una ruta fluvial, lacustre o incluso marítima que comunicase la Bahía de Hudson, los Grandes Lagos o el río Misisipí con el Pacífico.

Al mismo tiempo que españoles, rusos, ingleses, franceses y estadounidenses fijaban sus miradas en las costas noroccidentales de América y en las posibilidades del comercio de pieles, el Pacífico meridional también atraía la atención. Ya en 1762 los ingleses se habían apoderado de Manila, provocando la consiguiente alarma en Madrid; alarma que aumentó al tener conocimiento de las exploraciones australes de Wallis, Bougainville y Cook entre 1767 y 1771.

A partir de 1763, pues, convergían en el ánimo de los dirigentes españoles varios hilos conductores. El deseo de racionalizar y potenciar tanto la administración como la economía de todas las provincias españolas (peninsulares y ultramarinas, centrales y periféricas), y la apertura a las nuevas corrientes intelectuales de la Ilustración, con su sed de nuevos conocimientos sobre el hombre y su entorno, y con su fe en el progreso mediante el uso de la razón, definían el alma misma del despotismo ilustrado de Carlos III. Por otra parte, no se podía ignorar la tendencia expansionista novohispana hacia el norte (todavía caracterizada por un fuerte sentido misionero), ni las diversas amenazas extranjeras contra los derechos españoles.

Obedeciendo estos impulsos, la Corona española apoyó y promovió decididamente el envío de muchas expediciones de distinta índole tanto a América como a Oceanía. Ya hemos mencionado las de demarcación de límites en el Brasil, y las de colonización enviadas a la alta California, pero además se mandaron otras, cuyos objetivos eran explorar, levantar mapas y cartas hidrográficas, tomar posesión de territorios nuevos, y comprobar la existencia o no de establecimientos europeos. En las costas septentrionales de América, cumplieron estos propósitos los esfuerzos de Juan Pérez (1774), Bruno Eceta y Francisco de la Bodega (1775), Bodega e Ignacio de Arteaga (1779), Esteban José Martínez y Gonzalo López de Haro (1788), Francisco Elisa (1790), y Dionisio Galiano y Cayetano Valdés (1792).

Mientras tanto, en el Pacífico meridional Felipe González de Haedo tomó posesión de la isla de Pascua, bautizándola con el nom-

bre de San Carlos 1770), y Domingo de Boenechea con Juan Cayetano de Lángara descubrieron en distintos viajes algunas de las islas Tuamotu y de la Sociedad, estableciendo brevemente una misión en Tahití, aunque fracasando en su proyecto de fundar una colonia en la isla de Pascua (1772-1776). Poco después, el navegante Francisco Antonio Mourelle exploró el Pacífico sur, descubriendo las islas de Mayorga (Vavao), y reconociendo las de Gálvez, Fortuna, Ellice y otras de Melanesia (1779-81). El virrey Amat quiso ejecutar con decisión las órdenes recibidas de Madrid de contrarrestar las actividades de otras potencias europeas en el Pacífico, pero su sucesor Guirior no sostuvo el empeño con el mismo tesón, y se desvaneció el esfuerzo colonizador español en esas regiones australes. No obstante, a raíz de los viajes de Cook se reforzaron las defensas de Filipinas, se fundó la Compañía española de las Filipinas en 1784, y al año siguiente se envió una pequeña expedición a este archipiélago al mando de Juan de Cuéllar.

Otro tipo de expediciones fueron las de carácter científico. Eminentemente botánicas fueron las de Hipólito Ruiz López y José Antonio Pavón Jiménez a Perú y Chile (1777-87), José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada (1783-1810), Martín Sessé y José Mariano Mociño a Nueva España (1785-97), y el conde de Mopox a Guantánamo (1796).

Otra serie de expediciones realizaron estudios oceanográficos: Antonio de Córdoba y Lazo en el estrecho de Magallanes (1785), José Manuel Moraleda en el Seno Mexicano (1786-1804), Cosme Damián Churrua en el estrecho de Magallanes (1788), y en Trinidad y las Antillas (1792), y Joaquín Francisco Fidalgo en Venezuela (1796); mientras que los hermanos Cristian y Conrado Heuland, con Francisco Javier de Molina, recogieron muestras mineralógicas e hicieron investigaciones sobre fósiles y fauna en una expedición a Chile y Perú en 1795-1800.

Ahora bien, el mayor esfuerzo científico de la Ilustración española en este sentido fue la expedición encabezada por Alejandro Malaspina y José de Bustamante y Guerra entre 1789 y 1794. El plan, presentado ante el secretario de Estado de Marina, Antonio Valdés, en 1788, se inspiraba claramente en los viajes de Bougainville, Cook y La Pérouse, cuyos logros pretendía emular y superar. Tras zarpar de Cádiz, la expedición puso rumbo al Río de la Plata, desde donde pasó a visitar las islas Malvinas para luego doblar el cabo de Hornos, penetrando en el Mar del Sur. Se ciñó a las costas occidentales de Sudamérica, haciendo escala en las islas de Juan Fernández, y navegando luego hacia el norte hasta llegar a Acapulco. Desde allí se adentró en alta mar al objeto de alcanzar las cos-

tas noroccidentales de Norteamérica, permaneciendo algún tiempo en el Puerto Mulgrave, para luego volver hacia el sur siguiendo la costa, como era usual entre los navegantes españoles de estos mares «californianos», hasta arribar de nuevo a Acapulco. Aquí terminó la primera etapa de la expedición, que por lo tanto se limitó a los flancos americanos del Pacífico, mientras que la segunda etapa se concentró en la navegación transoceánica, pasando por las islas Marshall, Marianas, Filipinas, Nuevas Hébridas, el extremo sudo-oriental de Nueva Zelanda, Sidney, y las islas Tonga (de los Amigos) antes de llegar a Lima, desde donde se reemprendió el viaje de regreso por el cabo de Hornos a España.

Los resultados científicos de esta expedición fueron ingentes, pero también tenía un fuerte (si no prioritario) interés político. Se trataba de perfeccionar las cartas hidrográficas, de informar sobre los medios de defensa de todas las posesiones españolas, y de investigar sobre el comercio, los recursos y el estado político de América y Oceanía, al objeto de revalidar la soberanía española sobre territorios y mares, al mismo tiempo que se dejaba constancia del prestigio científico español en el concierto ilustrado europeo. Una característica destacada de esta y otras expediciones de la época fue la participación de numerosos especialistas, tanto españoles e hispanoamericanos como extranjeros. Así avanzaron a pasos gigantes la astronomía, la geografía, la cartografía, la medicina, la botánica, la etnología, la lingüística, la zoología, y las ciencias de la naturaleza en general.

Como quiera que la expedición al norte de Martínez y López de Haro en 1788 confirmó no sólo la existencia de los establecimientos rusos, sino su intención inmediata de ocupar la bahía de Nutka, al objeto de impedir el comercio inglés allí Martínez recibió órdenes del virrey Manuel Flores de adelantarse a ambas potencias y ocupar Nutka para España en 1789. Cuando llegaron los españoles encontraron en la bahía dos barcos estadounidenses y un paquebote portugués, atraídos también por las pieles. En esta época no era inusual que comerciantes ingleses enarbolasen la bandera portuguesa en el Pacífico, bien para burlar los monopolios corporativos ingleses, bien para aprovecharse de las ventajas concedidas a Portugal en el comercio chino. Pese a este contratiempo Martínez tomó posesión de la plaza y montó la artillería para su defensa. Poco después aparecieron los ingleses, dando lugar a una disputa que zanjó Martínez al apresar sus navíos, enviándolos al puerto español de San Blas.

No permanecieron los españoles en Nutka aquel invierno, pero en 1790 Francisco Elisa fue enviado, por orden directa de Madrid, para volver a ocupar la bahía. Sin embargo, España, vulnerable en

sus otras posesiones americanas frente al incipiente movimiento independentista y la mal disimulada codicia de los comerciantes europeos, no podía prevalecer sin ayuda, y los franceses para entonces ya estaban sumidos en la Revolución, de modo que en ese año se firmó el tratado de El Escorial, por el cual el límite septentrional de los dominios hispanoamericanos quedó fijado en los 48° latitud norte, cediendo a los ingleses el derecho a utilizar el puerto de Nutka.

Entonces fueron Bodega y George Vancouver para delimitar las respectivas zonas (1792), pero no se pusieron de acuerdo inmediatamente. No obstante, las relaciones hispano-inglesas resultaron ser inusualmente cordiales, al convertirse ambas potencias en aliadas frente a la Francia revolucionaria, y Vancouver pudo disfrutar de la hospitalidad española en los puertos californianos. Entretanto, la bahía de Nutka fue visitada por Malaspina en 1791 y 1792 durante su viaje de regreso a Acapulco desde Alaska.

Así quedaron las cosas hasta 1794, año en que se firmó en Madrid la convención de Nutka, por la cual España cedió la plaza a Inglaterra y ésta a su vez renunció a la soberanía, quedando el territorio indiviso y de libre acceso a ambas potencias, aunque sin establecimientos permanentes. En realidad, significaba la efectiva eliminación de la siempre precaria soberanía española en estas latitudes.

Los rusos consolidarían su presencia en las Aleutianas y Alaska hasta la venta de estos territorios a Estados Unidos en 1867, mientras los ingleses del Canadá forcejearían con los norteamericanos por la posesión del llamado territorio de Oregón hasta su división entre ambas potencias por el tratado de 1846. Por otro lado, la alta California quedaría separada para siempre de la península al ser cedida por la joven república de México a los Estados Unidos mediante el tristemente célebre tratado de Guadalupe-Hidalgo en 1848. Por último, a lo largo del siglo XIX las potencias europeas de mayor pujanza naval y comercial irían tomando posesión de islas y plazas del Pacífico y se lograría una mejor integración de las zonas colindantes de este océano en la política y la economía mundiales.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA *

- ACTAS del Simposium CCL Aniversario del nacimiento de Joseph Celestino Mutis, Cádiz, Diputación, 1986.
- ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, «The Share of Spain in the History of the Pacific Ocean», en *The Pacific Ocean in History: Papers and Addresses Presented at the Panama-Pacific Historical Congress, 1915*, Nueva York, 1917, pp. 34-54.
- BARRAS Y DE ARAGÓN, Francisco de las, «España en la Polinesia Oriental (1770-1775)», en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LXXXI, Madrid, números 7-12, pp. 631-683, y LXXXII, núms. 1-6, pp. 52-140.
- BEAGLEHOLE, John C., *The Exploration of the Pacific*, Stanford University Press, 1966, 3.ª ed.
- BLUE, George Verne, «Anglo-French Diplomacy during the Critical Period of the Nootka Controversy», en *Oregon Historical Quarterly*, 39, 1938, páginas 162-179.
- BOXER, Charles R., *Fidalgos in the Far East, 1550-1770*, La Haya, 1948.
- , *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Harmondsworth, Penguin Books, 1973.
- , *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, Harmondsworth, Penguin Books, 1973.
- BRAND, Donald D., *The Pacific Basin. A History of its Geographical Explorations*, Nueva York, 1967.
- BURNEY, James, *A Chronological History of the Discoveries in the South Sea or Pacific Ocean*, Londres, 1803-1817, 5 vols.
- CALATAYUD ARINERO, María de los Angeles, *Catálogo de las expediciones y viajes científicos españoles. Siglos XVIII-XIX*, Madrid, Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1984.
- COOK, Warren L., *Flood Tide of Empire. Spain and the Pacific Northwest, 1543-1819*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1973.
- CORNEY, Bolton G., *The Quest and Occupation of Tahiti by Emissaries of Spain during the Years 1772-1776*, Londres, Hakluyt Society, 1913, 3 vols.
- COUGHLIN, Magdalen, «Commercial Foundations of Political Interest in the Opening of the Pacific, 1789-1829», en *California Historical Society Quarterly*, 50, March 1971.
- CRAIG, Robert D. y KING, Frank P. (eds.), *Historical Dictionary of Oceania*, Westport, Conn. Greenwood Press, 1981.
- CUTTER, Donald C., *Malaspina in California*, San Francisco, 1960.
- CHAUNU, Pierre, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI^e, XVII^e, XVIII^e siècles)*, París, 1960.
- CHEVIGNY, Héctor, *Russian America: the Great Alaskan Venture, 1741-1867*, Nueva York, 1965.
- DALRYMPLE, Alexander, *An Historical Collection of the Several Voyages and Discoveries in the South Pacific Ocean*, Londres, 1770, 2 vols.
- DÍAZ-TRECHUELO, M.ª Lourdes, «La empresa española en Filipinas», en *Estudios Americanos*, 12, Sevilla, 1956, pp. 27-39.
- DULLES, Foster Rhea, *The Old China Trade*, Boston, 1930.
- DUMMORE, John, *French Explorers in the Pacific. I: The Eighteenth Century*, Oxford, Clarendon Press, 1965.
- ENGSTRAND, Iris H. W., *Spanish Scientists in the New World. The Eighteenth Century Expeditions*, Seattle and Londres, University of Washington Press, 1981.
- Expedición Malaspina, 1789-1792. Viaje a América y Oceanía de las Corbetas «Descubierta» y «Atrevida»*, Madrid, Ministerio de Defensa, Ministerio de Cultura y Ayuntamiento, 1984.

* La bibliografía sobre esta temática es verdaderamente voluminosa, por lo tanto ofrecemos aquí sólo algunos títulos que pueden servir de introducción.

- FULLER, George W., *A History of the Pacific Northwest*, Nueva York, 1941.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1825-37, 5 vols.
- FURBER, Holden, «An Abortive Attempt at Anglo-Spanish Commercial Cooperation in the Far East in 1793», en *Hispanic American Historical Review*, 15, 1935, pp. 448-463.
- GOLDER, Frank Albert, *Russian Expansion on the Pacific, 1641-1850. An Account of the Earliest and Later Expeditions Made by the Russians to Determine the Relation of Asia and America*, Nueva York, 1935, 2 vols. (1.ª ed., Cleveland, 1914).
- GUILLÉN, Julio F., *Historia marítima española*, Madrid, 1961, 2 vols.
- HARLOW, V. T., *The Founding of the Second British Empire, 1763-1793. I: Discovery and Resolution*, Londres, 1952.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, «Españoles, rusos e ingleses en el Pacífico Norte durante el siglo XVIII», en *Información Jurídica*, 121, Madrid, 1953, pp. 549-566.
- HUMPHREYS, Robin A., «Richard Oswald's Plan for an English and Russian Attack on Spanish America, 1781-1782», en *Hispanic American Historical Review*, 18, 1938, pp. 95-101.
- HYMA, A., *The Dutch in the Far East; a history of the Dutch Commercial and Colonial Empire*, Ann Arbor, Michigan, 1942.
- KELLY, Celsus, OFM., *Calendar of Documents. Spanish Voyages in the South Pacific, from Alvaro de Mendaña to Alejandro Malaspina, 1567-1794*, Madrid, 1965.
- KNAUTH, Lothar, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico, 1542-1639*, México, UNAM, 1972.
- KRIEGER, C. C., *The Infiltration of European Civilization in Japan during the Eighteenth Century*, Leiden, 1940.
- LANDIN CARRASCO, Amancio, *Mourelle de la Rúa, explorador del Pacífico*, Madrid, 1971.
- LLOYD, Christopher, *Pacific Horizons. The Exploration of the Pacific before Captain Cook*, Nueva York, AMS Press, 1946.
- MANJARRES, Ramón de, «En el mar del Sur. Expediciones españolas del siglo XVIII», en *BCEA (Boletín del Centro de Estudios Americanistas)*, III, 1915, núm. 16, pp. 1-16; IV, 1916, núm. 17, pp. 44-47; V, 1918, núm. 18, pp. 1-26, y núm. 21, pp. 1-7.
- MANNING, William R., *The Nootka Sound Controversy. Annual Report of the American Historical Association for the Year 1904*, Washington, D. C., 1905, pp. 279-478.
- MAUDE, H. E., «Spanish Discoveries in the Central Pacific. A Study in Identification», en *Journal of the Polynesian Society*, LXVIII, Wellington, Nueva Zelanda, 1959, pp. 284-326.
- MAURO, Frédéric, *La expansión europea, 1600-1870*, Barcelona, Editorial Labor, 1975.
- MILET-MUREAU, M. L. A., *Voyage de La Pérouse autour du Monde*, París, 1797, 3 vols.
- MONTANA, Alberto, *Descubrimientos, exploraciones y conquistas de españoles y portugueses en América y Oceanía*, Barcelona, 1943.
- OGDEN, Adele, «The Californias in Spain's Pacific Sea Otter Trade, 1775-1795», en *Pacific History Review*, I, 1932, pp. 444-469.
- , *The California Sea Otter Trade, 1784-1848*, Berkeley y Los Angeles, 1941.
- PASTOR Y SANTOS, E., *Territorios de soberanía española en Oceanía*, Madrid, 1950.
- PERES, Damião, *História dos descobrimentos portugueses*, Coimbra, 1960, 2.ª ed.
- PISSURLENCAR, P. S. S., *Agentes da diplomacia portuguesa na Índia (1510-1817)*, Goa, 1950.
- PLATTNER, F. A., *Quand l'Europe cherchait l'Asie. Jésuites missionnaires (1541-1785)*, Tournai y París, 1954 (trad. del alemán).

- PRICE, Archibald G., *The Western Invasions of the Pacific and its Continents. A Study of Moving Frontiers and Changing Landscapes, 1513-1958*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1963.
- PRITCHARD, Earl H., *The Crucial Years of Early Anglo-Chinese Relations, 1750-1800*, 1936 (repr. 1970).
- RAMOS CATALINA Y DE BARDAXÍ, M.^a Luisa, «Expediciones científicas a California en el siglo XVIII», en *Anuario de Estudios Americanos*, XIII, Sevilla, 1956, pp. 1-83.
- RATTO, Héctor R., *La expedición de Malaspina*, Buenos Aires, 1945.
- RIVERAIN, Jean, *Diccionario de las exploraciones*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970.
- RODRÍGUEZ CASADO, Vicente, «Política exterior de Carlos III en torno al problema indiano», en *Revista de Indias*, V, Madrid, 1944, núm. 16, pp. 227-266.
- , «El Pacífico en la política internacional española hasta la emancipación de América», en *Estudios Americanos*, II, Sevilla, 1950, núm. 5, pp. 1-30.
- ROBSON, R. W., *The Pacific Islands Handbook*, Nueva York, 1946.
- SÁNCHEZ FUERTES, «Estado de las misiones franciscanas en Filipinas, 1751», en *Misionaria Hispánica*, XLII, Madrid, 1985, núm. 121, pp. 141-162.
- SANZ, Carlos, *Australia, su descubrimiento y denominación*, Madrid, 1963.
- , *Cartografía histórica de los descubrimientos australes*, Madrid, 1967.
- , *Bibliografía general de los descubrimientos australes*, Madrid, 1967.
- SHARP, Andrew, *The Discovery of the Pacific Islands*, Oxford, 1960.
- SIRRIDGE, Agnes T., *Spanish, British and French Activities in the Sea Otter Trade of the Far North Pacific, 1774-1790*, Tesis Doctoral, Saint Louis University, 1954.
- TAYLOR, George P., «Spanish-Russian Rivalry in the Pacific, 1769-1820», en *The Americas*, 25, Washington, 1958, pp. 109-127.
- THURMAN, Michael E., *The Naval Department of San Blas: New Spain's Bastion for Alta California and Nootka Sound, 1767-1798*, Glendale, California, Arthur H. Clark, 1967.
- VAN ALSTYNE, Richard W., «International Rivalries in the Pacific Northwest», en *Oregon Historical Quarterly*, 46, 1945, pp. 185-218.
- VANDENBOSCH, A., *The Dutch East Indies*, Berkeley, 1941, 2.^a ed.
- VAUGHAN, Thomas, *Captain Cook, R. N. the Resolute Mariner. An International Record of Oceanic Discovery*, Portland, Oregon Historical Society, 1974.
- VLEKKE, B. H. M., *The Story of the Dutch East Indies*, Cambridge, Mass., 1946.
- VILA VILAR, Enriqueta, *Los rusos en América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1966.
- WARD, J. W., *British Policy in the South Pacific, 1786-1893*, Sydney-Wellington-Londres, 1948.
- WILLIAMSON, J. A., *Cook and the Opening of the Pacific*, Londres, 1946.
- WRIGHT, J. Leitch, *Anglo-Spanish Rivalry in North America*, Athens, University of Georgia Press, 1971.